



VOL: AÑO 2, NUMERO 4

FECHA: VERANO 1987

TEMA: LA CIUDAD, EL DISCURSO Y LOS ACTORES SOCIALES

TITULO: **¿Sociología urbana?**

AUTOR: *Francis Godard* [\*]

TRADUCTOR: René Coulomb

SECCION: Notas y traducciones

## TEXTO

Fines de los años 60, principios de los años 70: globalmente, los negocios de las empresas francesas andan bastante bien; el programa común de la izquierda está moribundo después de la derrota de G. Deferre en las elecciones presidenciales de 1969; siguiendo el paso a la explosión de 1968, con consecuencias múltiples, los adelantos de las nuevas reflexiones marxistas en filosofía empiezan a hacer sentir sus efectos en el campo de las ciencias humanas; el crecimiento urbano y la planificación se vuelven asuntos económicos y políticos importantes, dentro de la denuncia del 68: ya estamos hartos de METRO-CHAMBA-CAMA.

Menos de diez años más tarde, el país se encuentra en una crisis económica duradera y profunda; el programa común de la izquierda ha muerto y la perspectiva de la llegada al poder de la izquierda (¿la izquierda?) parece lejana; el marxismo está en crisis; los problemas del nuevo crecimiento económico, de la ecología y de los modos de vida parecen haber sustituido a los del ordenamiento del territorio en la jerarquía, establecida por el Estado, de los "problemas sociales" prioritarios.

Lo anterior, para recordar y no olvidar a la hora de leer lo que sigue.

La sociología "urbana" después de mayo de 1968

En un artículo de 1968 [1] intitulado "¿Existe una sociología urbana?" Manuel Castells concluía en sustancia que la sociología urbana no tenía objeto científico: había así un período particularmente fecundo en trabajos empíricos en el llamado campo de la sociología urbana. Este período fue marcado en particular por trabajos que algunos de nuestros colegas extranjeros no vacilaron en agrupar bajo el título de: "Escuela francesa de sociología urbana marxista".

¿Qué va a pasar ahora si afirmamos que ya no hay sociología urbana? ¿Lo urbano constituyó alguna vez un objeto teórico pertinente? Veamos entonces cuáles eran los nuevos campos de reflexión que abrían estos trabajos desde finales de los años 60, y qué nuevas situaciones se abren hoy.

Una nueva definición de las investigaciones

Sociología del espacio en general, sociología de las necesidades y de la cultura urbana, sociología de las pequeñas comunidades y de los medios sociales urbanos: esto es más o menos lo que hacía las veces de sociología urbana en Francia, a finales de los años 60.

[2] La sociología del espacio era objeto de amplios frescos históricos, a los cuales se añadían consideraciones muy generales de carácter antropológico. Se trataba de mostrar cómo la cultura de una sociedad imprimía su marca en el espacio y determinaba prácticas sociales específicas, o bien cómo estaba naciendo una nueva cultura urbana generadora de nuevos comportamientos. Dentro de esta perspectiva, la sociología urbana se presentaba como algo semejante a la búsqueda de formas espaciales óptimas, o sea de aquellas que, permitiendo cambiar la ciudad, permitirían cambiar la vida.

Todas las corrientes marxistas nacerían a partir de una crítica de estos enfoques, algunos de ellos inspirados en el marxismo. [3] Estas corrientes construyeron un cuerpo considerable de trabajos empíricos, aportando la prueba de que eran capaces de producir conocimientos más allá del sólo terreno filosófico; capacidad totalmente negada al marxismo en aquel entonces. Conviene señalar que la investigación empírica marxista no era, de lejos, la única en desarrollarse en una época que se caracteriza por un fuerte desarrollo de investigaciones empíricas en el campo de lo urbano; en parte, gracias al volumen significativo de financiamiento que se le asignó.

Pero los problemas de la planificación urbana estaban a la orden del día. Para ciertos investigadores, la investigación urbana debía permitir evidenciar las orientaciones clasistas de la planificación, rompiendo con la ilusión de una racionalidad estatal neutral. Entre ellos, algunos pensaban ya en una planificación democrática en el marco del programa común de la izquierda; para otros, la investigación dentro de la administración pública, era como el inicio de la imaginación en el poder, con la apertura de los planificadores al espíritu de la investigación; otros más pensaban que la planificación iba a ganar en eficacia al aceptar las críticas de la investigación llamada fundamental.

#### Intento de balance

Las aportaciones de este período de investigación no son despreciables y, en el interior de la problemática marxista, están lejos de constituir un corpus homogéneo: prueba de ello son los debates muy abiertos que la atravesarán. Resumir estas aportaciones no es cosa fácil, pues siempre se olvidará a alguna. Las podemos resumir, sin embargo, en cuatro puntos.

#### Un esclarecimiento de la problemática del suelo

El primer problema concierne el análisis de la renta del suelo en terrenos urbanos, los procesos de producción del espacio construido y el desarrollo de la promoción inmobiliaria, así como los fenómenos de aglomeración espacial con la formación de valores de uso complejos y de lo que algunos llamarán "los efectos útiles de aglomeración". [4]

Esta primera serie de trabajos, que se iniciarán por consideraciones teóricas a veces algo formales sobre la renta del suelo o el sistema urbano, desembocarán muy rápidamente en el análisis empírico de procesos urbanos concretos. El análisis de los procesos de producción del suelo urbano y de la evolución de los derechos de apropiación de los terrenos permitió replantear muchas de las ingenuidades expresadas en torno a la especulación con el suelo. En particular, las que tendían a presentar a la pequeña propiedad como la responsable, por sí sola, de las alzas considerables de los precios de los terrenos.

En efecto, se demostró que las variaciones en los precios están determinadas por las ganancias diferentes que los terrenos permiten generar, y que el valor que permite realizarlas proviene, no del suelo en sí, sino de los procesos de producción de los cuales

son, o pueden ser, el soporte. Las ganancias de la construcción capitalista en el sector inmobiliario constituyen el motor del aumento de los precios del suelo. Y lo que denuncian los capitalistas inmobiliarios no es la elevación del precio de los terrenos, sino el hecho que los pequeños propietarios tengan el poder por un lado de bloquear el flujo de terrenos edificables en las zonas de implantación capitalista y, por otro, de apropiarse de la renta y de las sobreganancias de localización.

Desde el principio de los años 50, y hasta la Ley de orientación sobre el suelo de 1967, [5] serán creados los instrumentos jurídicos necesarios (modificación de la noción de utilidad pública y de los derechos de expropiación), con el fin de romper el monopolio de la propiedad del suelo y de liberar los terrenos necesarios a la producción capitalista del espacio construido. Pero los necesarios compromisos sociales y políticos con la pequeña y mediana burguesía impiden ir demasiado lejos y limitar autoritariamente los aumentos en el precio de los terrenos para beneficiar a los grandes promotores. Es así como son abandonados los intentos de limitación general de los precios del suelo, en beneficio de una política selectiva de control de precios solamente en las zonas privilegiadas de implantación de los grandes promotores. La necesidad de un flujo permanente de suelo-soporte para la construcción es el primer problema que enfrenta la producción capitalista de la vivienda.

El segundo problema es el período excepcionalmente largo de rotación del capital, y la inmovilización de capitales. Es para resolver este problema que el sistema de producción capitalista de la vivienda conoce, en el transcurso de los años 60, transformaciones profundas con la aparición de promotores profesionales, y el principio de la inversión directa del capital bancario en este sector con la ayuda del Estado.

El análisis sistemático de un cierto número de operaciones de urbanismo, tales como la renovación urbana o la implantación de grandes conjuntos de interés social, permitió entender mejor las modalidades concretas del desarrollo de los grandes promotores, filiales de bancos. Asimismo, se pudo evidenciar la existencia de lógicas clasistas, más allá de los grandes promotores y en los proyectos estatales de reestructuración del espacio urbano, una mera racionalización del espacio en función de lógicas estrictamente burocráticas, en la tradición de los análisis weberianos.

Es así como, por ejemplo, aparecía que los programas de renovación urbana de los años 60, cuyo objetivo oficial era la erradicación de manzanas insalubres, respondía -fundamentalmente en París- a una lógica de liberación de los terrenos fácilmente expropiables en beneficio de los grandes promotores (lo cual no significa que algunas de estas manzanas insalubres no hayan sido renovadas). Además, el análisis de los desplazamientos de población inducidos, permitía probar que la llamada reconquista del centro correspondía a la expulsión progresiva de las poblaciones obreras y de bajos recursos.

Todos estos análisis permitían revelar la existencia de varias contradicciones. Por ejemplo, la que opone la pequeña propiedad patrimonial del suelo y la producción capitalista de la vivienda a gran escala; o bien, la que resulta de la incapacidad de los capitales privados para producir por si solos valores de uso complejos (por ejemplo los grandes conjuntos habitacionales) también, la contradicción manifiesta entre la necesidad de una adecuada reproducción de la fuerza de trabajo con un costo mínimo [6] para el capital en general, y las necesidades de ganancia máxima para los productores de vivienda o de otros servicios urbanos.

El papel que juega el Estado en las políticas urbanas

¿Cómo se sitúa el Estado en estas contradicciones? Tal es la cuestión que abre la segunda perspectiva de las investigaciones urbanas marxistas. [7]

Es a propósito del análisis de las políticas urbanas del Estado que se manifestarán los debates teóricos más contradictorios. Se desarrollarán una serie de trabajos importantes con objetos de investigación muy diferentes. Por ejemplo: el análisis de las políticas y de la producción socializada del Estado en materia de vivienda, transporte y equipamientos colectivos de producción y consumo; asimismo, el análisis de estas políticas desde el siglo XIX. También los análisis de los procesos de planificación urbana y de su historia (contrariamente a una ilusión muy difundida, la planificación urbana aparece mucho antes de los años 60), realizados a partir de estudios de caso, o bien a partir de estudios de problemas tales como el papel real desempeñado por los planes de urbanismo.

¿Corresponden la política y la planificación urbana a una gestión de las contradicciones por parte del Estado? ¿Existe la exterioridad de un Estado-regulador respecto a estas contradicciones que le permite dominarlas y resolverlas? O, por el contrario, ¿política y planificación no son acaso múltiples y contradictorias, tan contradictorias como lo son los intereses de los cuales el Estado sería, de algún modo, el instrumento? La oposición entre las preguntas es esquemática, pero resume bastante bien los términos extremos del debate. Anotemos que esta oposición teórica se inscribe dentro de un espacio teórico común del cual están excluidas dos hipótesis: la que considera a la planificación como una racionalización técnica de los procesos urbanos llamados "espontáneos" y que centra entonces los análisis de la planificación sobre las vicisitudes de su "realización" práctica; y la hipótesis que, a la inversa, constatando la "no-realización" y la "ineficacia" de la planificación, postula que ésta no es más que ideología pura, pantalla destinada a engañar a la opinión pública.

#### El lugar de la institución municipal

Dentro del análisis de las políticas urbanas, el estudio de las políticas municipales, por una parte, y de las escenas políticas, por otra, pasará a ocupar un lugar muy importante en el conjunto de los trabajos, y esto fundamentalmente a partir de estudios muy detallados de casos locales. El análisis de las políticas municipales involucra los procesos políticos que apuntan hacia la institución municipal, y en particular las políticas que ésta produce. El análisis de la escena política involucra el conjunto de las prácticas políticas que convergen en determinadas coyunturas locales particulares, y apunta entonces tanto hacia las prácticas de los partidos y sindicatos como hacia la intervención localizada de diferentes segmentos del aparato de Estado, sobre la base de las relaciones sociales que estructuran cada situación local.

Está claro que existe entre los dos análisis una estrecha correspondencia, pero si se los asimila se cae en la trampa del municipalismo político que lleva, por ejemplo, a considerar la política urbana a nivel local como sinónimo de gestión comunal. La crítica de los análisis en término de élites locales o de micro-poderes constituyó el punto común de todos los nuevos análisis sobre los procesos políticos a nivel local. Los análisis políticos (llamados liberales) sobre los micro-poderes locales consideraban las escenas políticas locales como una especie de juego socialmente independiente, en donde las modificaciones de los procesos de decisión y de los sistemas de alianzas políticas debían permitir constantes cambios en el control del poder. Los nuevos análisis cuestionaron dicha autonomía de los procesos políticos locales, refiriéndolos, por una parte, a la estructura de los intereses de clase en presencia y, por otra parte, a la lógica de intervención del aparato del Estado.

Dentro de tal impulso, algunos llegaron a negar cualquier autonomía de la gestión municipal frente a las políticas estatales, bajo el pretexto que las instituciones municipales no eran nada más que un segmento del aparato del Estado. [8] Las implicaciones políticas del debate teórico eran evidentes: ¿la izquierda debía o no aceptar la gestión de las instituciones municipales? ¿Las elecciones eran, sí o no, una trampa? Cuestión central dentro de la implantación del programa común de la izquierda. Entre los que pensaban que sí, algunos hacían descansar todas sus esperanzas, a principios de los años 70, sobre el desarrollo de luchas políticas urbanas "fuera de las instituciones". Fueron tal vez los primeros, seguidos después por muchos otros, en plantear el problema propiamente teórico de los movimientos sociales urbanos.

### Los movimientos sociales urbanos

En un primer momento, los trabajos sobre los movimientos sociales urbanos buscaban esencialmente describir experiencias singulares de lucha, en un período en donde -después de la experiencia del 68- las luchas urbanas estaban desarrollándose: desde las grandes manifestaciones sobre los transportes en la región de París hasta los movimientos de squatters, pasando por las huelgas de pago de los alquileres o de las cuotas de mantenimiento.

Las teorizaciones vinieron después. Buscaron desplazar el centro del análisis, desde los procesos internos de lucha (movilización, reivindicaciones formuladas) hacia las relaciones existentes entre las formas de lucha y sus implicaciones estructurales de clase, por una parte, y sus resultados concretos, por otra. Relacionar un movimiento con sus implicaciones y sus efectos urbanos y políticos, era cerrar radicalmente el camino a la tentación institucionalista de reducir un movimiento social a un sistema organizacional sin contenido. ¿Cuál era la base de clase de estos movimientos y cuáles eran las alianzas que posibilitaban?, eran las preguntas que también se planteaban. Bien sea para concluir en la "perversión" definitiva y sin atenuantes de movimientos intrínsecamente pequeño-burgueses, bien sea para subrayar los aspectos positivos de tal alianza de clase, mientras se denunciaban sus deslizamientos más trade-unionistas. ¿Elementos de una dinámica política más general, o manifestaciones localizadas de autonomía frente a los grandes aparatos políticos?, era también una cuestión que se planteaba en torno al sentido general de estos movimientos.

### El lugar de los movimientos de consumidores

Se ha considerado a veces que el problema planteado por los modos de consumo y los modos de vida estaba totalmente ausente de las corrientes de investigación de las cuales estamos hablando. Es completamente inexacto, aunque sea cierto que no ocupó un lugar central. Aún más: es tal vez a partir de una reflexión crítica sobre las teorizaciones clásicas o marxistas de las necesidades, y a partir de los primeros trabajos teóricos y empíricos sobre la articulación entre prácticas de producción y prácticas de consumo, que se producirán -desde el interior- las críticas más precisas a los planteamientos arriba expuestos. [9]

Los trabajos críticos sobre las necesidades llevaban a cuestionar los razonamientos mecanicistas y economicistas sobre la reproducción de la fuerza de trabajo y, sobre todo, las definiciones marxistas del valor de la fuerza de trabajo como valor de los medios de subsistencia necesarios a su reproducción. En efecto: ¿Qué es lo que es necesario a la reproducción de la fuerza de trabajo? Para responder a la pregunta se suele recurrir a la definición tautológica de las necesidades: se necesita lo que es necesario y lo que es necesario es lo que se necesita. Pero en aquel entonces, bastaba apelar al carácter histórico y transitorio de las necesidades para pensar que se podía evitar tal tautología.

La crítica sistemática de las necesidades ponía en juego un espacio de certidumbres particularmente oscuras de la teoría marxista, a partir del cual se pretendía sin embargo fundar las referencias mágicas a las necesidades. Estas críticas condujeron a algunos investigadores a proponer otros conceptos para analizar el proceso de consumo y las relaciones sociales de consumo, particularmente con el fin de demostrar teóricamente la autonomía relativa del proceso de consumo, mientras otros intentaban, a la inversa, mostrar la total dependencia del proceso de consumo respecto al de producción. [10]

Cualesquiera que sean las hipótesis, el análisis de las prácticas de consumo se revelaba, y se sigue revelando, como urgente e importante: ¿cómo hablar de la realización del valor a propósito de la vivienda si no se analizan las prácticas concretas de apropiación de la vivienda? ¿Cómo referirse indefinidamente al proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, sin apuntar hacia esas modalidades concretas de realización? ¿Cómo legislar sobre los intereses de clase, en ausencia de toda reflexión en profundidad sobre los procesos de producción de las necesidades? Otras vías de investigación quedan por descubrir, dentro de un campo en donde dominaba y sigue dominando un enfoque muy estrictamente culturalista de las prácticas urbanas. Dicho esto, no se trata en lo absoluto de negar el gran interés de estas investigaciones, sino simplemente de constatar que su referencia exclusiva, y hasta unilateral, a un modelo cultural urbano llevó muchas veces a excluir otras dimensiones del análisis de dichas prácticas.

#### Evaluaciones críticas y nuevas perspectivas

Según algunos, esta o estas corrientes de investigación se están quedando sin aliento. Tal vez. De todos modos, los investigadores que se reconocen en ellas intentan, en su mayoría, recapitular con el fin de hacer aparecer nuevos objetos y nuevas problemáticas. [11] Vamos a hablar de ello, pero no sin antes haber precisado que no es siempre fácil desarrollar verdaderos debates teóricos en los tiempos que estamos viviendo. Existen ciertamente críticas saludables que contribuyen a renovar las problemáticas. Y aquí incluimos las amistosas perfidias que consisten en querer reducir los trabajos marxistas sobre lo urbano a una mera aportación a una sociología urbana anglosajona, nacida durante los años 50. Pero los ataques de los que, seguros de estar del buen lado del mango, denuncian el monopolio y el terrorismo teórico que habría ejercido el marxismo durante diez años, me recuerdan esta historia de aquel que, para probar que ya no había caníbal en su región (teórica) afirmaba que él mismo se había comido el último el día anterior.

Es un hecho cierto: muchos investigadores marxistas cuestionan ciertos aspectos de sus trabajos anteriores. Algunos se congratulan de este movimiento de reflexión crítica, pues piensan con razón que debe permitir un debate científico muy abierto. Otros lo lamentan, o hacen como si lo ignoraran.

Dicho esto, la crisis del marxismo y de los antiguos objetos teóricos redoblan, a otro nivel, el cuestionamiento de la "utilidad" de las ciencias humanas y del lugar de estas ciencias en la sociedad. La reorientación hacia el análisis de lo cualitativo, o la construcción de indicadores de las prácticas sociales, debería -al decir de unos- conducir a los investigadores a liquidar en el acto toda reflexión teórica y cualquier referencia a teorías explicativas. Habría así que someterse a las intimidaciones de la moda universitaria en pro de lo "vivido" y de lo cotidiano, más allá de los sistemas teóricos "perversos"; o bien, a las exigencias más pragmáticas de la Administración de conformarse con los estudios estadísticos y la investigación de los indicadores sociales. Bajo el pretexto de un retorno directo a lo "vivido" y a los datos, o sea a la verdad de las prácticas, se nos propone debajo de la mesa nuevos objetos de investigación no criticados. Nosotros mismos, bajo

el pretexto de rigor científico y con la prisa de descubrir nuevos métodos, ¿no debemos cuidarnos del riesgo de sólo pintar de nuevo los viejos objetos del saber?

Pero regresemos a cosas más concretas, o tal vez más abstractas. Las "evoluciones" teóricas a las cuales hemos hecho alusión son, en parte, el resultado de una reevaluación crítica de los trabajos realizados durante diez años. En efecto, en su preocupación por tomar en cuenta las estructuras y las determinaciones sociales más generales, ciertas investigaciones redujeron a veces su sistema de explicación a esquemas muy mecánicos que derivaban las prácticas sociales de las relaciones sociales estructurales. Algunas otras más preocupadas por probar lo correcto de los modelos explicativos cerrados y a priori, limitaron tal vez demasiado la fase de observación y de producción de datos. Otras, aún, utilizaron tal vez conceptos en forma demasiado esquemática. Pensamos en particular a los conceptos de reproducción de fuerza de trabajo, de necesidades, de intereses de clase, de efectos sociales de las políticas urbanas. De ahí la necesidad sentida por una reevaluación crítica de estos conceptos, bien sea para abandonarlos sencillamente, bien sea para afinar o modificar su definición y su utilización teórica.

Lo mismo que en otros campos sociológicos especializados (sociología del trabajo, de la educación o de la salud), el objetivo que se dibuja es el de poner fin a la ruptura entre un enfoque de la vida cotidiana, que pertenece a la antropología cultural, y un estudio socioeconómico y sociopolítico de los procesos de producción de los objetos urbanos. El actual estallamiento de los antiguos temas urbanos y de la llamada sociología urbana, podría entonces ser sustituido por nuevos intentos de remodelar un nuevo campo de investigación. Este podría situarse en el punto de encuentro del análisis de las prácticas de producción, de las prácticas de consumo y de la vida cotidiana, y del análisis de los procesos políticos locales.

Se trataría de analizar, ya no solamente la producción de los productos urbanos sino la de los hombres y de sus prácticas sociales. Y ello, de otro modo que como siendo la mera consecuencia de la producción de productos, si acaso un producto urbano no produce por sí mismo usos sociales en forma automática. Es así, por ejemplo, que si bien el desarrollo de ciertos equipamientos colectivos en determinadas comunas nos da cierta indicación sobre la voluntad política de inducir nuevas prácticas, al mismo tiempo no nos dice estrictamente nada sobre las prácticas mismas. El análisis de las prácticas sociales implica otros tipos de enfoques y de conceptos que los utilizados por el análisis de la producción de los productos urbanos. Implica, en particular, que sean planteados prioritariamente problemas tales como los de la individuación de las relaciones sociales. Implica que se ponga en su justo lugar las determinaciones de clase, esenciales pero no únicas: es por cierto lo que hizo decir a ciertos autores que toda práctica social de consumo no es, en sentido estricto, una práctica de clase.

En lo que concierne a las prácticas de lucha, conviene considerar plenamente los procesos de movilización y el papel activo que en ellas desempeñan la conciencia y la palabra de los agentes sociales implicados. Esto llevaría a analizar más precisamente el papel de las clases medias dentro de los diferentes movimientos urbanos. Además, al lado de las prácticas de lucha con alta visibilidad social, las prácticas de desviación de los contrarios o de resistencia más o menos visible a la dominación y a la explotación designan nuevos campos de investigación.

Más allá de la diversidad de las trayectorias teóricas referidas al análisis de los procesos políticos locales, el punto común de las nuevas investigaciones es el rechazo de una visión instrumentalista del poder local, tanto por parte del Estado central como de una clase localmente dominante: las instituciones locales no son el mero reflejo de las lógicas de clase que les son exteriores. Lo cual implica, en particular, una reflexión en

profundidad sobre los procesos de representación; procesos en los cuales los distintos representantes locales son conducidos a hablar de las necesidades de sus representados: lo que se llama "la población". En esta perspectiva, se puede interrogar sobre la aparición de un nuevo sistema de notables, congruente con la transformación de la división del trabajo entre el Estado central y la colectividad local.

Estos apuntes están lejos de agotar el conjunto de las nuevas vías de investigación; sitúan solamente ciertos de sus rasgos sobresalientes.

Demanda social y escritura científica

Concluiremos con dos anotaciones esenciales para mí:

--Estas nuevas orientaciones de investigación emanan de una dinámica propia al medio científico. Pero tendrán que tomar en cuenta la demanda social en materia de investigación sociológica; y una demanda social que no sea la sola demanda de la administración. Después de todo, los problemas del país no son los de la sola administración, ni de los solos presidentes de sociedades, dicho sea de paso.

--Esta primera anotación conduce inevitablemente a la segunda. Se ha reprochado a los investigadores en general, y a la corriente de investigación analizada aquí, en particular, el utilizar una escritura esotérica, propia de una especie de tecnocracia teórica. Otros, aún, anotan la función de vigilancia teórica ejercida por ciertos conceptos y que conduce "a una lenta asfixia" o de plano a una "represión conceptual": lejos de abrir a la reflexión, los conceptos constituirían una cárcel teórica.

El problema de la escritura "científica" se ha vuelto ciertamente un problema (las dificultades de lectura de este texto olla-express no van a convencer al lector de lo contrario). No es ciertamente inútil recordar que todas las grandes corrientes teóricas en ciencias sociales nacieron con una escritura, o una palabra, como diría el autor de los "Ecrits". [12]

Entonces, ¿tenemos que repudiar nuestros conceptos? ¡Qué regalo de rey para los que, dado que no los aprecian mucho, están listos para entregarnos otros, recién salidos de las últimas empresas universitarias de producción de conceptos de moda! ¿Tenemos, por el contrario, que utilizarlos como murallas para subrayar nuestra singularidad? ¿Es mejor escribir novelas, haciendo creer a los lectores que las cosas complicadas se pueden decir sencillamente si se conciben bien, como diría alguien? No, nada de todo esto. Pero, entonces ¿qué?

CITAS:

[\*] Artículo publicado en la revista "Economie et Humanisme". Número 252, Lyon, Abril de 1986, pp. 13-23.

Traducción: René Coulomb, Profesor de Sociología Urbana, UAM-Azcapotzalco.

[1] Castells, Manuel, Ya-t-il une sociologie urbaine, Sociologie du travail, Ed. Seuil, 1968.

[2] Con excepción de importantes trabajos de M.G. y H. Raymond y de B. y N. Haumont sobre conjuntos de casas-habitación, así como los trabajos empíricos de P. H. Chombar de Lauwe sobre la política de vivienda.

[3] Nos limitamos aquí a la situación francesa para simplificar la exposición. Es evidente que, para dar una justa apreciación de la situación teórica en esta época, sería necesario considerar los trabajos desarrollados en Estados Unidos y Gran Bretaña. En particular los trabajos sobre la planificación urbana, en una perspectiva weberiana, como los de Ray Pahl, para citar no más a él.

[4] Ver, en particular, los trabajos de C. Topalov, *Les Promoteurs immobiliers*, Ed. Mouton, 1973.

[5] Los años 50 y 60 verán la aparición de un número considerable de reglas jurídicas, en particular en cuanto a los derechos sobre el suelo y su apropiación.

[6] El valor de la fuerza de trabajo está determinado, según Marx, por el de las mercancías necesarias a su reproducción. Costos elevados de producción, y la presión sobre los salarios que pueden generar, pesan sobre las ganancias. Tal es la definición marxista clásica (muy al extremo). Veremos más adelante que este punto de la teoría marxista va a generar, en el interior mismo de la corriente de investigación marxista, una serie de críticas y de cuestionamientos teóricos muy profundos.

[7] Ver los trabajos de la llamada escuela "estructuralista" (por ejemplo, *Monopolville* sobre Dunkerque, Mouton, 1974); o los diversos estudios de J. Lojkine sobre París y Lyon, así como su tesis: *"El Marxismo, el Estado y la Cuestión Urbana"*, PUF, París, 1977, Siglo XXI.

[8] Ver, en particular, los trabajos de Cerat (IEP, Grenoble), *"Institution communale et pouvoir politique: le cas de Roanne"*, Mouton, 1973.

[9] Ver, por ejemplo, Castells, Godard et al. *"Crise du logement et mouvements sociaux urbains. Enquête sur la région parisienne"*, Mouton, 1978.

[10] Este debate no es totalmente independiente del que se refiere a la definición de lo urbano: ¿referida al proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, o bien al modo de producción en su conjunto?

[11] El redescubrimiento en Francia de los trabajos de Gramsci no es ciertamente extraño a la crítica de un economicismo cierto.

[12] Obra de Michel Foucault (n.d.tr.).